

LECTURAS DE AZORÍN (II)*

Santiago Montobbio

FANTASÍAS Y DEVANEOS

Un libro de Azorín

Pienso en un libro para leer, y pienso en uno de los libros que me quedan por leer de Azorín. Que he leído en muchos libros estos años. Compré un buen número en alguna Feria del Libro, y algunos de ellos, y muy señalados, en su primera edición de los años treinta en la Biblioteca Nueva -así *La voluntad* o *Una hora de España*. Se lo conté a un escritor y periodista, que estaban estos libros en estas ediciones primeras y por un precio mínimo -igual que de los otros, el precio más asequible- y me dijo, admirado: ¿En serio? Así era. En ediciones también primeras algún otro, pero de Destino, en Áncora y Delfín, como *Cavilar y contar*. Otros en las ediciones más recientes de esta colección y son las que se suelen ver -*Cada cosa en su sitio*. Muchos en la colección Austral -*Andando y pensando*, *Un pueblecito*, *Españoles en París*. En colección también de bolsillo pero de Losada *La ruta de Don Quijote*. Fui comprando estos diversos libros de Azorín en Ferias del Libro de algún año anterior a la pandemia, y así recuerdo irlos leyendo en diversos momentos. Recuerdo leer *Una hora de España* frente al mar junto a mi madre, y *Cada cosa en su sitio* en el campo. Y otros de éstos que he nombrado, y alguno más. Alguna mención o reflejo, sucinta o más detallada, hay en lo que mientras los leía escribía, en mi larga obra en prosa o en poemas. He leído alguno que me quedó por leer hace menos tiempo, como *Memorias inmemoriales* y *Los valores literarios*. Pero de este desván precioso que eran este buen número de libros de Azorín leí algunos en el encierro, en el que la lectura fue un sustento fundamental. Quizá leí alguno más, pero a tres de ellos los acompañé en su lectura con mis palabras. A *La voluntad* con el texto o conjunto de textos "La salvación por la palabra", cuya primera parte salió en el momento en que lo escribía, en pleno encierro, en el periódico *El Faro de Melilla*, con el que estaba empezando mi colaboración en ese momento -en el principio del encierro-, y entero, y para indicar ya y dar noticia del libro en que estaba incluido, en la revista *Incomunidad* de Porto. También había salido ya en libro (*De infinito amor (Cuaderno del encierro)*) "La ruta de Don Quijote", que acompaña la lectura del libro de mismo título de Azorín, y se publicó como tal texto en la revista de la Real Academia Hispano Americana de Cádiz y posteriormente en *Hispanista* de Brasil. Quise así hacerlo, para dar entidad y presencia a la lectura de este libro de Azorín -como a la de los otros. Y, con el título "París", también cuando el encierro y que fue una lectura que resultó y sentí muy vinculada a éste -y que me hizo viajar e ir a París en la parte de sueño que también la lectura tiene-, la de *Españoles en París* en *Revue d'Art et de Littérature, Musique*. He reunido estas tres lecturas de estos tres libros de Azorín en un conjunto titulado "Lecturas de Azorín". Han de salir en la revista de la Cátedra Mariátegui, en Lima. Pensar en los dos libros que me quedan por leer de Azorín me hace recordarlo. Miro la página de la Cátedra y veo que ya se han publicado en la actual edición de la

* "Fantasías y devaneos (Un libro de Azorín)" se publicó en *Revue d'Art et de Littérature, Musique* (Toulouse, Francia) el 30 de marzo de 2025, y "Dicho y hecho (Un libro de Azorín)" en *Revue d'Art et de Littérature, Musique* (Toulouse, Francia) el 12 de octubre de 2025. Se publican por primera vez como conjunto en la Revista de la Cátedra Mariátegui con el título "Lecturas de Azorín (II)", pues en la Revista se publicó anteriormente "Lecturas de Azorín", que reunía tres textos dedicados al escritor -"La salvación por la palabra", "París" y "La ruta de Don Quijote"-, al que el presente conjunto continúa y complementa.

revista, de febrero-marzo de 2025. Al poco de verlo su directora, Sara Beatriz Guardia, me anuncia su publicación, que debía por tanto acabar de realizarse. Tras mi agradecimiento, me expresa con razón la especial entidad que tiene este número de la revista en que mi texto aparece.

Me agrada que aparezca como tal conjunto. Lecturas de Azorín en el encierro y que me hicieron soportarlo. He leído muchos o bastantes libros de Azorín antes o después de éste, y seguramente queda de estas lecturas alguna constancia -mayor o menor- en mi escritura en prosa, o en poemas, pero los textos que conforman este conjunto están unidos entre sí por esto. No me parece poca unión, y me parece que es razón y también que es bonito haberlos reunido y que salgan juntos. Libros de Azorín, claro, también más joven, pero fue esta compra y acarreo de un buen número de sus libros lo que he me ha hecho leerlo más estos años. Algún libro de Azorín de mi padre. Recuerdo que leí su libro *María Fontán* en el campo. He leído también estos años un autor querido por mi padre, y que dice de su buen gusto, y es Gabriel Miró. Hace un tiempo me salió y leí su edición de *Las cerezas del cementerio*, que se había trasapelado, y también en el libro que él tenía *El obispo leproso* y *Nuestro Padre San Damián*. Pero también en la Feria del Libro compré algún libro más de Miró. Gabriel Miró era una lectura de mi padre, sí, y que además nos hizo pensar en él, a mi madre y a mí, al leer los dos el *Libro de Sigüenza*, que es un trasunto del propio Miró. Le dije a mi madre que me hacía pensar en mi padre, en papá, y ella asintió a mi comentario y añadió como razón y explicación: -que piensa. Me gustaría volver a leer este libro.

Son dos los libros de Azorín que me quedan por leer, *Política y Literatura* y *Lecturas españolas*, aunque quizá haya alguno más. El título de *Política y Literatura* me lo ha hecho poco atractivo. Veré, al leer el prólogo, que es un título desvirtuado, y que me agrada más el inicial y siento responde más a lo que el libro es y esto me hubiera hecho leerlo antes. Lo tengo en una edición moderna de Alianza Editorial, pero es de 1904, y el autor del prólogo, Paulino Garagorri, pondera mucho que es el primer libro de Azorín, el que firmó con el que sería ya su definitivo pseudónimo. Nos dice respecto al título: "Contiene, por tanto, al primer Azorín; por eso me atrevo a llamarle "el primer libro de Azorín". Ahora bien, ¿es este ya el libro de un esteta burgués? ¿Se ha producido la famosa ruptura? Creo que todos estos antecedentes confieren a este olvidado libro singular importancia. Su título editorial fue *Fantasías y devaneos (Política, Literatura, Naturaleza)*. "Fantasías y devaneos" era una rúbrica periodística que usó J. M. R. y luego cobijó a éstos y a otros posteriores artículos de Azorín. Al reimprimirlo ahora hemos abreviado el título del libro". Si, así, *Fantasías y devaneos*, y lo otro indicado como epígrafe, responde mejor a lo que es este libro. No es que no me importe o sea ajeno a la política, pero más me agrada encontrarla como un trasunto histórico y moral en el que meditar como aquí la encuentro en estas páginas de Azorín, que así indicada en su subtítulo me hubiera hecho entender y hubiera por ello leído antes. Y en estas fantasías y estos devaneos cabe enmarcar algunas visiones líricas que encuentro lo más bello del libro.

En un momento de sus bellas memorias, *Los pasos contados*, Corpus Barga nos refiere que encuentra una taberna que está exactamente como estaba cuando en ella situó una de sus novelas Cervantes. Éste es el final del primer texto de este libro de Azorín, "La decadencia", y que nos puede hacer entender lo que es su meditar sobre estos asuntos -y que es un meditar también lírico: "Leed este libro: él nos ha sugerido lo que antecede. Ha sido publicado estos días por un sabio académico de la Historia -el señor Catalina y García-; fue ordenado hace tres siglos por un monarca: Felipe II. Se trata de las *Relaciones topográficas de España*, es decir, de un conjunto de informes que en 1578 dieron los cabildos municipales sobre el estado económico y

social de los pueblos. Dos volúmenes han salido ya a la luz de los varios que se conservan inéditos, y no hay nada más interesante e instructivo para el político, para el sociólogo y para el artista que su lectura. La vida monótona y prosaica de los pueblos se descubre en estas páginas ingenuas: las casas, las comidas, las cosechas, las fuentes con que cuentan los vecinos, los molinos adonde llevan sus granos, o los prados en donde pasturan sus ovejas... Y es una sensación dolorosa, de honda tristeza, de amargo e irremediable desconsuelo, la que se experimenta viajando por estos pueblos de las mesetas después de leer estas páginas, y observando que todas las cosas permanecen en el mismo estado en que estaban cuando estos vecinos mandaban los informes a Felipe II, y viendo que España permanece tan muerta en 1904 como en 1578". En el siguiente texto, "Lo castizo", leemos: "Algo más, sin embargo, hemos hecho en el capítulo de las prohibiciones. Un español que no prohíba algo, bien en su casa, bien en un Concejo o bien en esferas más altas de la burocracia, no es un español castizo". Estas palabras del siguiente texto, "El arte nacional", nos harán entender cuál es este arte: "¿Comprendéis cómo en este ambiente, en medio de esta inmensa miseria, ya no puede haber más que una preocupación única, suprema, imperativa, insacudible: la de no morir de hambre? Y, ¿comprendéis también cómo todo el ingenio español, en esta edad precaria se ha de resolver por fuerza en tretas, artimañas, trazas y recursos de todo género, que proporcionen un poco de comida?". De este arte parte una reflexión sobre el *Quijote* que me parece del mayor interés, y que arraiga su razón en un sustrato muy profundo del pueblo que representa y encarna -y del que este pueblo se burla: "Y yo, contemplando estos bribones joviales, tan del viejo solar castellano, he recordado las migajas esparcidas sobre la barba, las patas de gallina, los artificios de los venteros. Este era el arte nacional. Cuando todas las inteligencias y todas las voluntades estaban de tal modo empleadas, encadenadas, en una realidad tan perentoria, baja e inexorable, ¿cómo sería posible que no levantase tempestades de carcajadas, el idealismo puro, exaltado, altruista, inactual, de un Alonso Quijano el Bueno?/ Este idealismo del maravilloso caballero había de ser lógicamente escarnecido. Tenedlo bien en cuenta: nada hay que marque de una manera más exacta el nivel moral e intelectual de un pueblo que aquellas cosas que este pueblo pone en ridículo y en las cuales halla su esparcimiento". Y la educación, la educación como final y sentida como primera, absoluta necesidad, en el final del texto "Los árboles y el agua": "Y concluís entonces, como síntesis de todas vuestras reflexiones, que sólo una labor educativa, paciente, tenaz, en que las iniciativas individuales dispersas por la Península vayan despertando y creando, en progresión creciente, otras iniciativas, puede resolver la actual crisis de España; que será inútil pensar en políticas hidráulicas o agrarias si antes no se atiende a la escuela; que a esta necesidad de la educación es a la que, en primer término, de modo más perentorio, deben ocurrir los gobernantes, y que, en definitiva, es preciso considerar que en esta empresa hemos de poner todos el más alto desinterés, puesto que los resultados de nuestros esfuerzos serán largos, y puesto que no es para nosotros para quienes trabajaremos, sino para esta entidad que se llama *Patria*, o, si queréis, para esta otra cosa más grande, más perdurable, que se llama *especie*".

En los textos que conforman estas "Lecturas de Azorín" que reunidos y como conjunto se acaban de publicar en Lima acompaño la lectura de esos libros. Podría también así hacerlo con éste, pero me voy a limitar a traer y señalar algún pasaje en que siento está lo más lírico, alto y bello de Azorín. El principio de "En el convento": "Yo voy hacia el convento; yo llevo en una mano un bastón y en la otra un tomo de Montaigne. El convento está situado en el hondo seno de una montaña, entre espesos pinares que hacen un rumor sordo. El convento es pequeño. San Pedro Alcántara quería que los humildes franciscanos viviesen en conventos pequeños. Admirar ahora el secreto

concierto de las cosas: diríase que San Pedro Alcántara ideó su reforma para que un día, andando los siglos, un filósofo, también pequeño, fuese a aposentarse en uno de estos conventos pequeños. Pero yo no tengo vanidad en estos momentos: ya este diminuto monasterio, que blanquea entre el verde bosque, irradia sobre mí su influjo bienhechor. Las torrecillas de la iglesia destacan sobre el fondo oscuro de la montaña; abajo, en lo hondo, allá al final de las laderas peladas, comienza a extenderse el llano inmenso de los bancales amarillentos, de los pámpanos verdes, de los olivos grises, que llegan hasta las postreras casas blanquecinas de una ciudad remota...". Y dos visiones líricas, que en su intuición poética sentimos como con un hálito de verdad, de dos grandes figuras de nuestras letras. En "Un loco" el saber sentir e imaginar a sí a Alonso Quijano: "Lector: aquí vive don Alonso. Estamos en Argamasilla de Alba. La casa tiene una puerta con sus jambas y su dintel de piedra, una reja salediza, recia, rematada por una cruz, dos ventanas diminutas bajo el alero. El zaguán es pequeño, oscuro; a la derecha aparece una puerta de cuarterones; en el fondo se destaca otra puerta. Esta es la puerta del patio. Todas las casas manchegas están en esta forma. El patio -según los que habréis visto en Valdepeñas, en Manzanares, en Infantes- forma como un pequeño claustro: una galería corre en lo alto; una escalera se halla en un ángulo, y cuatro, seis u ocho columnas dóricas, de pulida piedra, sostienen las zapatas alabeadas, negruzcas. Hay un gran silencio en toda la casa; tal vez se oye de cuando en cuando el ruido de un torno o el tintineo de un almirez, o el chirriar repentino y alborotador del aceite en la sartén. A ratos un mendigo llama en el zaguán, o en el corral de al lado canta con voz metálica un gallo./ Esta es la casa de don Alonso. Don Alonso es manchego, es decir, es un hombre noble, digno, serio, cortés. Siempre han sido así los manchegos. Si abrimos el curiosísimo *Vocabulario español e italiano* publicado en el siglo XVII por el florentino Lorenzo Franciosini, veremos en la palabra *Mancha* que éste es un territorio *dove al parer mio e la miglio gente del mondo*; si después saltamos al siglo XIX y consultamos el conocido *Handbook for travellers in Spain*, de Richard Ford, comprobaremos que "the *manchego* is honest, patient, and hard-working when there is any one to hire him; his affections are more developed than his reason". Y ya esta última frase -que por evitar susceptibilidades, en estos tiempos en que ponemos la cabeza sobre el corazón, yo no he querido traducir-, ya esta sencilla y breve frase arroja una viva luz sobre el dueño de la casa que acabamos de describir. Don Alonso es, ante todo, un hombre sentimental, efusivo, imaginativo, de un gran corazón. Pasa sus días modestamente; con él viven una criada vieja, que lleva en la casa muchos años, y una linda muchacha, una gentil mancheguita -Constancia, Aurelia o Leonor-, que es hija de la hermana del caballero; tal vez esta hermana vive en un pueblo cercano -La Solana, Herencia o Alcázar-, y la muchacha ha venido a pasar con su tío una temporada. Don Alonso madruga mucho; va a dar algunos ratos un paseo por unos bancales que tiene en las cercanías; a veces, en unión de otros buenos vecinos, sale a correr las liebres con sus galgos y su caballejo trotón. Don Alonso viste con esa elegancia sencilla, sólida, de los señores de pueblo; su sayo es de velarte -pañó suave-; el vellorí que gasta para sus gregüescos es "de lo más fino", y sus calzas y sus pantuflas son de velludo. Don Alonso come sobriamente; no hay que olvidar que Platón comía poco, que Aristóteles comía también escasamente, y que viviendo don Alonso en una época en que estos filósofos gobernaban los espíritus de los hombres cultos ("el Filósofo" se le llamaba a secas a Aristóteles), estos hombres habían de ser por fuerza parcos en comida, tanto más si se considera que la pobreza del suelo y el estado del país no permitían otra cosa".

Lecturas españolas, el otro libro que tengo por leer, está dedicado a Mariano José de Larra. Sabe figurarse a Larra y hacérselo sentir a todos en el precioso texto "Aniversario", que traigo aquí, ya casi como despedida de mi acompañar este libro de

Azorín, sin propósito siquiera de pretender que mis palabras lo acompañen como lectura del mismo sino que traigan de él una más sencilla noticia y que nos diga -esto sí- la compañía que es un libro de Azorín. Aquí el texto "Aniversario":

ANIVERSARIO

"¿Os acordáis de este pequeño joven? Es bajo, impetuoso, nervioso, con una barba primeriza, sedosa, negra, terminada en punta; con los ojos grandes -un tanto ingenuos, un tanto melancólicos-; con el pelo que hace sobre la frente un elevado tupé, que él alisa y atusa de cuando en cuando. ¿Dónde vive este pequeño joven impetuoso y nervioso? Vive en la calle de Santa Clara, en el número 3; cuando paséis por su puerta, echad un rápido vistazo hacia el zaguán; es un zaguán reducido, chiquito, con la escalera enfrente, casi junto a la puerta. Por esta escalera, sombría, lóbrega, este joven ha subido sus alegrías -acaso pocas- y sus pesares -acaso muchos-. Y en la actitud lenta -cuando triste- o precipitada -cuando risueño- habréis conocido, si os lo tropezasteis alguna vez, los pensamientos varios y revueltos que bullen en su mente.

Hoy ha subido estas escaleras ansioso y animoso; hace un mes que estaba sumido en una profunda tristeza. No iba a las redacciones, ni a las tertulias, ni a los bailes, ni a los teatros. Él, que es tan cuidadoso de su indumentaria, tan atildado, tan elegante, había llegado a descuidar estas vanas galas y pompas. No iba a ninguna parte, no veía a nadie; paseaba solo por las afueras o por esos paseos solitarios por donde nadie pasea; entraba en uno de esos sombríos y desiertos cafés que vosotros habéis visto aquí en Madrid, y permanecía sentado en un rincón horas y horas, absorto, inmóvil, sumido en uno de esos estupores dolorosos, estúpidos, en que no se piensa en nada y en que se siente vagamente un profundo y lento pesar que nos abruma.

Y hoy, toda esa hosquedad, todo este atontamiento doloroso, ha desaparecido; se sentía este joven reanimado, animoso, risueño, esperanzado; se sentía en uno de esos oasis del espíritu, que son como una tregua, como un punto de partida hacia otras regiones más amables. Por eso se ha mirado ante el espejo mientras se vestía -como hacía antes-, y por eso se ha compuesto y aliñado cuidadosamente, como ha hecho siempre. Y luego ha salido de casa y ha bajado las escaleras -estas escaleras que vosotros podríais subir y bajar hoy-; y ha bajado, digo, las escaleras con semblante risueño. ¿Dónde se ha encaminado? Yo os lo diré, si lo recuerdo: como este joven ha vuelto a sentirse reanimado, ha sentido también deseos de hacer algo, de trabajar, de pensar, de hacer proyectos. Hacía mucho tiempo que este joven no trazaba proyectos: ya sabéis que esto de hacer proyectos es el placer más agradable del mundo, y el que más ciertamente indica nuestra intensidad de vida: un hombre que imagina muchos proyectos, es un hombre que vive mucho; un hombre que no traza ninguno es un hombre que muere.

Y bien: este joven ha estado durante un mes sin tener ningún proyecto, sentado en los rincones de los cafés, y ahora vuelve a tenerlos. ¿Qué hará? ¿Qué escribirá? ¿Qué ideas, qué impresiones, qué fábulas, qué tramas arrojará sobre estos blancos papeles que llamamos cuartillas? Él ha escrito hasta hace poco artículos políticos, críticas, novelas, comedias; pero, ¿no os parece bien un drama que tenga por protagonista a don Francisco de Quevedo? Si vosotros sois inclinados a la sátira, si habéis escrito vibrantes y apasionados artículos y folletos en que fustigáis las corruptelas y las rutinas de vuestros contemporáneos, ¿no os placera el hacer vivir un par de horas sobre las tablas, en bulto vivo, a este terrible fustigador de las rutinas y corruptelas de hace dos siglos? Indudablemente, hay que hacer un drama en que hable y viva Quevedo: este joven va a hacerlo. Y sobre esto ha ido pensando, mientras discurría

por la calle Ancha de San Bernardo, y de esto ha hablado a un amigo suyo que entiende de cosas de arqueología, y cuya colaboración puede ser útil en esta obra.

Ya tiene un proyecto este joven, es decir, ya vive. Yo no sé si es domingo hoy, tal vez lo sea; todos los domingos, dos chicos, que son sus sucesores, vienen a visitarle. Viven en otra casa, no sé por qué, ni ahora quiero entrar en averiguaciones. Ello es que este proyecto y la visita de sus chicos le han reanimado. Ya come con apetito, sentado ante la mesa; ya ríe, ya habla jovialmente, ya chispea su ingenio en ironías y paradojas. Y a los postres, ante el mantel blanquísimo, ante la cristalería diáfana, él, que es artista y que ama las cosas, ha sentido un minuto de plena vida, mientras su espíritu se halla henchido de esperanza, mientras su organismo rezuma satisfacción fisiológica, mientras sus manos pasean suavemente sobre el blanco damasco y sus ojos contemplan el cristal transparente de las copas.

¿Dónde irá él esta tarde? Esta tarde ha dado un paseo por Recoletos con un amigo. Yo lo diré ya; esta esperanza de la mañana se ha ido disipando poco a poco; un terrible presentimiento, abrumador, brutal, entristece su semblante. Os explicaréis este fenómeno: hay espíritus que pasan vivamente de la alegría a la tristeza; su sensibilidad está hiperestesiada; sus días serán breves... Y este joven presiente que esta esperanza que le ha mantenido y alegrado por la mañana va a disiparse: ¿por qué? ¿Cuáles son las causas? Él no lo sabe: ¿podemos acaso razonar lo inconsciente? Cuando ha vuelto hacia su casa, cuando ha entrado en el zaguán, cuando ha puesto los pies en el primer peldaño de la escalera, ¿qué pensamientos eran los suyos? ¿Cómo ha subido esta escalera? ¿La subirá otra vez?

Ya en su cuarto, se ha sentado ante su mesa de trabajo y ha mirado tristemente sus libros, sus cuartillas y sus plumas -estas plumas con las que ha escrito tantas cosas-. Acaso ha abierto los cajones y ha sacado unas cartas por las que ha pasado la vista; tal vez ha trazado unas líneas sobre una cuartilla. Un largo rato ha transcurrido; cuando el criado ha llamado a la puerta y ha pronunciado un nombre misterioso, todo su ser se ha estremecido. Y luego, cuando ha penetrado en la estancia una mujer, él ha sentido una de esas intensas sensaciones indefinibles, que son de placer y de angustia; una de esas sensaciones que nos hacen vivir en dos o tres segundos siglos de vida...

¿Queréis que diga lo que entre este joven y esta mujer ha ocurrido? No puedo: hay estados de espíritu que no pueden ser exteriorizados por las palabras; tendrías la fuerza emotiva de un Shakespeare o de un Petrarca, y todavía quedaría vuestro relato pálido e incompleto. Hay cosas que no se puede ni se podrán expresar jamás. Vosotros habréis encontrado en un tranvía, en un teatro, en la calle, una mujer cuya sola vista os ha revelado un mundo desconocido; una mujer que presentís que os pertenece y que su vida es paralela de vuestra vida... y que, sin embargo, desaparece, sin que vosotros hayáis tenido fuerza para retenerla a vuestro lado. ¿Cómo expresaréis lo que habéis visto en esta mujer y lo que os ha hecho presentir?

¿Cómo expresaréis lo que este joven ha sentido cuando esta mujer, su amor supremo, se ha marchado de este despacho para siempre?

Ha transcurrido otro largo rato; él se ha colocado ante el espejo; ante este espejo que le ha visto ponerse tantas veces su pantalón colán, su frac con botones de oro, su larga corbata de terciopelo negro; que le ha visto alisarse y atusarse el mechón de pelo negro que corona su frente; este espejo, que, como un sillón, como una mesa con los que nos encariñamos, es un amigo suyo.

Y después ha sonado un disparo...

*

Ya no sé si estas líneas son una ficción. Pero yo pienso en ellas y me contemplo, hace tres años, en un cementerio abandonado de Madrid, rodeado de amigos enlutados y con violetas en las manos, ante un nicho, leyendo un discurso que ya ha desaparecido de mi memoria y del cual sólo recuerdo una frase: *Mariano José de Larra fue un hombre y fue un artista...*"

Al final del texto, el propio Azorín. Pienso en el título del poema de Cernuda, "A Larra con unas violetas", y que me gustará releerlo. Un libro de Azorín, en la compañía que es en la finura de su meditación y su lirismo, en la adivinación que sentimos en algunas de sus visiones, o, como él las llamó y deseo así restituirlo como título, fantasías y devaneos. Fantasías dice la imaginación y devaneos el ir y venir, de lo real a lo soñado y al revés, de lo íntimo a lo compartible, a la encarnación ligera de verdades compartidas, ligera y a la vez profunda y como soñada. El autor del prólogo coloca sus notas a éste en las últimas páginas del libro, y esto hace que las leamos - o al menos así a mí me sucede- al final, ya acabado el libro. Dice al final de su última nota: "Conviene recordar que incluso *Castilla* -libro prodigioso- se ha vendido siempre difícilmente como todos los de Azorín. Yo he hallado varias veces en los puestos de la costanilla de Claudio Moyano ejemplares intonsos de la primera edición de 1912. Intonsos y, en algún caso, con dedicatoria autógrafa; como el que adquirí y conservo dedicado a quien no diré". También yo, como he dicho al principio de estas palabras, he leído algunos de los más significativos libros de Azorín en sus primeras ediciones y que también compré por nada en puestos de librerías de viejo. Parece que esto sigue siendo así. También que sigue siendo así algo más importante, y es que, junto a su discreción, la voz de Azorín sigue viva en sus extraordinarias condiciones y valor y es por ello que sigue siendo una inmejorable compañía, leído en la edición que sea -la que buenamente nos haya salido al paso y hayamos encontrado-, un libro de Azorín.

Barcelona, 17 de febrero de 2025

DICHO Y HECHO

(Un libro de Azorín)

"En esto se equivoca" recuerdo me dijo mi padre al referirle que Juan Goytisolo sólo daba valor a sus novelas de madurez y tenía en poco y quería casi olvidar sus novelas realistas de juventud. La respuesta inmediata y segura de mi padre lo acredita como un lector que apreciaba estas novelas. Recuerdo que tengo entre ellas *Duelo en El Paraíso*, y que siempre la he querido leer. El trasfondo de la guerra que pasaron niños en Viladrau los hermanos Goytisolo. Y pienso que la voy a coger de la biblioteca. Al así hacerlo veo que se encuentra a su lado, en la para mí muy querida colección de Áncora y Delfín, un libro de Azorín, titulado *Dicho y hecho*. Lo cojo. Está escrito "Ex Libris" por mi padre y su nombre y dos apellidos y la fecha en que compró el libro -y entonces supongo también lo leyó-, el año 1964, en números romanos. Consta que la edición es de noviembre de 1957. Y los textos de los años treinta -1934, 35, 36-. Acaban justo antes de la guerra. Que lo rompe y separa todo. Ayer sábado por la tarde vi con una amiga la película *La terra negra*. Tanto de ella pensar y decir. En cuanto al carácter más intemporal del campo, cómo el tiempo, las costumbres y las cosas permanecen y duran de otro modo, recuerdo el estupendo título del primer capítulo de las memorias de Luis Buñuel: Recuerdos de la Edad Media. Que son los suyos, los del cineasta. Porque Buñuel sostiene que la Edad Media en el campo en España duró hasta la guerra civil. Y él, por tanto, fue un niño de y en la Edad Media.

A parte de este foso profundísimo y tajante que la guerra es, estos textos de Azorín lo dicen de modo completo y vario, lo dicen en la sutileza y esplendor de sus matices. Pienso que estos años he ido leyendo diversos libros de Azorín, algunos de ellos eran de mi padre, y ahora encuentro de él éste que siento que me esperaba. Dice por completo a Azorín. Quiero ver en el título sintético y aparentemente sencillo y coloquial del libro un sentido más profundo. "Del dicho al hecho hay todo un trecho", dice más o menos el refrán, pero esta expresión que está en el título, "Dicho y hecho", además de la inmediatez indica también el milagro en su realización. Así me parece que podemos al menos sentirlo opera sobre el sentir y el vivir del mundo, la vida y las cosas en su escribir Azorín. Azorín nos las trae al papel de una manera límpida y sencilla, transparenta la vida y el sentir y pensar ante y de ella en sus palabras, pero esto en esta misma pulcritud y sencillez se da también con una suerte de magia. De manera algo mágica. Así dice y hace en su escribir, lo escribe para todos Azorín. Así lo puede hacer, como en el dicho, de manera a la vez sencilla y eficacísima, sin dejar de ser por ello mismo, en esa limpia sencillez, milagrosa. Pienso esto y lo apunto. Nada más.

Está Azorín por entero y en su riqueza de matices en este libro, y por esto me gusta muchísimo leerlo. Traería muchos fragmentos de estos deliciosos textos, y me referiría a muchos de ellos. Voy a hacerlo sólo de algunos que me han llamado la atención especialmente y me han llegado especialmente.

El paisaje, los pueblos. El saber sentirlos y entenderlos. Escribe en el segundo de estos textos Azorín, titulado "España en Las Rozas": "No hay pueblo español, chico o grande, que no encierre una enseñanza". Él, desde luego, sabe así extraerlas y trasladárnoslas. No sólo de los paisajes y los pueblos sino también de la historia y sus personajes y de nuestros escritores y tradición de cultura. Dice así de manera luminosa un poco más adelante en este texto: "Si de la literatura clásica española seccionáramos todo lo religioso, lo que restara seguiría siendo tan profundamente religioso como lo seccionado. Toda la literatura clásica española es renunciación, desengaño, vuelta de las cosas terrestres a las cosas eternas". Esto sí es una comprensión profunda de las cosas, podemos pensar. Y así continúa al punto: "En los prolegómenos a que aludimos, el autor pasa y repasa sobre "El Lazarillo de Tormes". No ve que el tipo admirable de esta novela no es Lázaro, sino el hidalgo toledano. Ese hidalgo que vive en una casa dismantelada; no posee riquezas; casi no come; pasa los días en austerísimo ayuno. Y, sin embargo, ni la más ligera queja exhala. Es digno, noble, altivo. El autor ha querido hacer de ese hombre un tipo cómico, y ha resultado un tipo heroico. No lo hay más representativo de la dignidad y austeridad de España en toda nuestra literatura. Ese hidalgo y don Alonso Quijano representan lo más alto de la nación. Ese hidalgo ha renunciado a todo. El "Quijote", en su conclusión definitiva, es una melancólica lección de renunciamento. Ya la despedida del caballero y de don Álvaro Tarfe hace presentir dolorosamente el final". Y remacha, al empezar el siguiente párrafo: "El "Quijote" y el "Libro de la Oración", de Fray Luis de Granada, son los dos más universales libros españoles".

Qué maravillosos textos dedicados a Lope de Vega y *La Celestina* y Toledo. Los vascos, Guipúzcoa, el mar. Menéndez Pelayo y Menéndez Pidal. Todo es interesante y sería digno de comentar. Mas he dicho que sólo me referiré a algún autor y algún texto que me ha llamado especialmente, y esto es así por resultarme especialmente cercanos. Azorín es un maravilloso cervantista, y ha escrito preciosos textos sobre Cervantes y *El Quijote*. Lo hace de especial modo aquí, en este libro, en el que encontramos varios textos sutilmente entrelazados. Además de pensamiento hay en ellos -como siempre en Azorín, y aún más en sus mejores momentos, como son éstos- una impresión de vida. Nos dice en uno de estos textos que ha vuelto a leer

El Quijote y hacía quince años que no lo leía. Cada lectura es nueva. De esta lectura reciente y que le ha hecho revivirlo provienen estos pensamientos ágiles, frescos. Y hondos. Son por ello extraordinarios estos cervantinos textos que en este libro encontramos. Escribe en el primero de estos textos, titulado "Al margen del "Quijote"": "No es Don Quijote quien se entristece; se llena de melancolía el propio Cervantes. Sancho ha logrado antes lo que el caballero de la Triste Figura no ha conseguido aún. Ha caminado el caballero por llanos y montañas. Defendió a la gente opresa, amparó a los perseguidos, socorrió a los menesterosos. Y su galardón no llega. No llegó nunca para Miguel de Cervantes. Durante toda su vida, pobre, receloso, guardó una actitud de extremada reserva. Américo Castro, en su admirable libro "El pensamiento de Cervantes", hace notar los alardes de ortodoxia que Cervantes prodiga. No había necesidad de tales redundancias. No las emplean otros colegas de Cervantes. La actitud está explicada, a nuestro parecer, no tanto por el ambiente de la época -ese ambiente, que no produce el mismo efecto en un Quevedo o en un Lope- como por el medio social y familiar en que Cervantes se desenvuelve. Preciso era no lastimar los sentimientos de tales o cuales deudos. Y no se podía exponer tampoco la familia a las contingencias lamentables del enojo de un grande. El círculo en que se movía Cervantes era menguado. En un núcleo de deudos, unos hostiles, otros excesivamente religiosos, dependiendo siempre de la buena voluntad de un magnate, el escritor había de mantenerse en una actitud de reserva extremada. Hoy no habría motivo que se produjera con respecto a la ortodoxia religiosa, tal modalidad de exagerada prudencia. Lo habría, sí, de una manera análoga, en el caso de otro escritor, por lo que toca -y pensamos en Rusia, en las simpatías por Rusia- a la ortodoxia social". Y a continuación también en este texto: "La liberación para Cervantes no llegó jamás. Sancho ha logrado su anhelo. Va a ser gobernador de una ínsula. Don Quijote, en el retiro de la estancia ducal, horas antes de la partida de Sancho, se siente profundamente triste. No sabemos las ideas que Alcalá de Ebro, si Cervantes conoció el lugar, inspiraría al novelista. La patria de Cervantes fue Alcalá de Henares. De una a otra Alcalá, el pensamiento del maestro iría, tal vez, en íntima fluctuación. En Alcalá de Henares mandaba Felipe III. En Alcalá de Ebro iba a mandar Sancho Panza. Sancho Panza, humano gobernador, era el propio Cervantes. Al gobierno del monarca se opone, en Alcalá de Ebro, el gobierno de Cervantes. El rey lo es todo, Cervantes no es nada. Comparemos, sin embargo, la gobernación de uno y otro". Así termina este primer texto cervantino: "El nuevo gobernador ha llegado a su ínsula. Las cárceles están llenas de rebeldes. Dura todavía la efervescencia del levantamiento. Entre el temor y el amor, Sancho se decide resueltamente por el amor. El amor en este caso concuerda con la justicia. La pacificación de la ínsula no podrá venir sino por la concordia. Son abiertas las puertas de las prisiones. Los fautores del movimiento tienen expedito el camino para marcharse a los pueblos comarcanos. Dentro de unos meses podrán volver a sus hogares. La humanidad y el tacto afectuoso del nuevo gobernador encantan a todos. Sancho, comprensivo y cordial, liquida la revolución de octubre".

Es precioso el texto "Don Francisco Rodríguez Marín", que lleva el epígrafe "Homenaje" y esto es. Este libro es de mi padre, y él lo leyó. Mi padre era abogado, y en su memoria traigo esta sentencia que refiere Azorín al relatar el ejercicio como tal de Francisco Rodríguez Marín: "El abogado, si lo es de veras, con amor a su profesión, ha de entreverar en la doctrina jurídica, la doctrina evangélica". Éste es el final de este texto: "Menéndez Pelayo muestra a lo largo de estas cartas su amargura íntima. El Estado le trata hostilmente. No se le había correspondido como el gran escritor merecía. Se sentía don Marcelino despegado de lo oficial. Ante nuestros ojos, con este nombre, aparecen con la misma luz dolorosa los nombres de Cervantes, de Lope, de Góngora, de Quevedo, de Jovellanos, de Larra. Y acabamos el libro pensando

en el destino infausto que en España suelen tener cuantos consagran su vida, noblemente, al espíritu”.

“El secreto de Miquel” es el siguiente texto, y quiero ver algo revelador en el título del mismo. Porque parece que Azorín nos dice en este texto casi secretos, y de un modo íntimo, como aquí se acerca a Cervantes, al decírnoslo por su nombre de pila. No diré más del carácter especial de estos textos. Lo dirán -espero- algunos de sus fragmentos aquí, en este texto: “Disgustado de ti mismo y disgustado del estilo, quisiste hacer otra cosa. Habías vivido ya mucho. Habías sufrido los crueles embates de la fortuna adversa. No te importaba ya el estilo. De los pasados intensos guardabas un regusto amargo. No comprendías ahora cómo habías podido escribir “La Galatea”. La obra era absurda. Y sin preocuparte de nada, sin cuidarte del estilo, desentendido de las modas literarias, no dándote un ardite de la estética sabia, comenzaste a escribir el “Quijote”. Lope de Vega vió el manuscrito de tu libro en casa del editor o en la imprenta. Escribiendo a un amigo, tuvo palabras desdeñosas para la obra. Su juicio era completamente exacto. Lo que decía Lope era la verdad pura. ¿Y por qué era la verdad? ¿Cuál fue la causa del éxito de tu libro? ¿De qué clase fue ese éxito? Tu libro no era literario. No estaba escrito. No tenía estilo. Si comparamos unas páginas del “Quijote” con otras de los “Cigarrales” de Tirso, o del “Peregrino”, de Lope, o de “La constante Amarilis”, de Suárez de Figueroa, lo echaremos de ver. Esos libros que he citado tienen estilo, y el tuyo no lo tiene. Tú escribías como se puede escribir a un labrador o un comerciante, pidiéndoles una fanega de trigo o una pieza de paño. Tu prosa es sencilla, clara, tenue, sobria. Pero el libro tuvo un gran éxito”. Y también en él algo más adelante: “El problema del tiempo, mal planteado en “La Galatea”, está aquí expuesto en sus verdaderos términos. Lope es el hombre del espacio. Tú eres el hombre del tiempo. En el “Quijote” es el héroe mismo, con sus aventuras presentes, no con su pasado, quien da la sensación de tiempo. Todo pasa. Todo se desvanece. Hemos ansiado vehementemente una cosa, y una cosa se ha disuelto ya en lo pretérito. La ínsula de Sancho, los días gratos en el palacio ducal, la aparición de Marcela, los inesperados sucesos de la venta, la casa del caballero del verde gabán, las lindas cazadoras con sus redes verdes, todo, todo ha pasado ya. Ante el caballero, ya de vuelta por postrera vez a su pueblo, aparece ahora todo lo pasado como un sueño. Tú, Miguel, eres hombre de los caminos. Los caminos nos traen la desilusión. Y en tu novela has puesto, acaso sin quererlo, esa desilusión suprema que traen los caminos”.

Erasmus y Cervantes, Erasmus y *El Quijote*, como acertadamente se ha señalado y encontramos en textos de este libro de Azorín. En el texto dedicado a Julián Sanz del Río esta reflexión sobre los krausistas, a quien piensa como los últimos erasmistas: “El krausismo es simplemente, no una filosofía, sino una moral. Y en eso estriba su fuerza considerable. Se podría decir sin ribetes de paradoja que los krausistas son los últimos erasmistas españoles. Los antiguos erasmistas de España, asientan su credo en una norma pura de vida. Los krausistas establecen, según su pensar, según su sentir, una norma de vida. En tiempos de disipación mental y de frivolidad, he aquí a este hombre grave que surge, a este varón austero, sencillo, bueno, que desde la alta meseta soriana viene a la altiplanicie madrileña. Trae consigo un nuevo sentido de la vida. No importa el lenguaje. Para la nueva norma del vivir se necesita un nuevo estilo”.

Leo esto en el texto dedicado a Manuel B. Cossío: “Américo Castro dice que lo ha escrito sin preparación. Decía Juan Valdés que paradoja “quiere decir otra cosa que viene sin pensarla”. La paradoja consiste en que muchas veces lo embrionario es más bello que lo perfecto”. Pienso que algo así he querido sentir y decir del escribir de Azorín y que así nos lo sugiere el título de este libro.

Hay aún un texto cervantino más, que me parece precioso, y es "El primer cervantista". Azorín llama la atención del carácter por completo excepcional de la Autorización de Francisco Márquez Torres, que hace por ella que así lo debamos considerar, y que por este singular y especialísimo valor no compremos sino una edición del *Quijote* en que esta autorización se encuentre (nos dice que muchas ediciones lo omiten). Acabo de volver a leer *El Quijote*, y voy a coger, tras este toque de atención de Azorín, mi edición de Martín de Riquer, que como ya he pensado sí debía incluir esta advertencia. Que leo. Y pienso que es verdad que es un texto capital y por completo insólito y que es muy justo Azorín al así ponderarlo. Creo, como él, que merece su autor que sea así considerado, como está en el título de este texto, "El primer cervantista". Que, además de su acierto en su pensamiento y su juicio, es un texto delicioso en tanto que evocación y recreación. Nos dice Azorín: "Para recamar el estilo basta con frecuentar el Diccionario. Y cuando se frecuenta el diccionario para enjorar el estilo se tiende fatalmente a lo que notaba Juan de Valdés en su "Diálogo de la lengua". Hay personas -dice Valdés- "que no van acomodando, como dije se debe hacer, las palabras a las cosas, sino las cosas a las palabras. Y así no dicen lo que querrían, sino lo que quieren los vocablos que tienen". Las especies intelectivas en la literatura española se anuncian con despaciosidad y se desenvuelven con lentitud desesperante. El escritor no va a decir una cosa, sino a ver cómo la dice. Y eso es absurdo. El vocabulario es lo accesorio. Si el vocabulario fuera el estilo, ¿qué más grande estilista podríamos encontrar, por ejemplo, que Torres Villarroel, tan superabundante en palabras? Con vocabulario pobre, con lisura de lenguaje, según Márquez Torres, se puede ser gran escritor. No nos dejemos alucinar por el fausto y la riqueza del léxico. Márquez Torres está aquí para llamar nuestra atención. En su cuartito blanco, henchido de luz blanca, con muebles sencillos, Márquez Torres sonríe ante nuestra duda. Dudábamos entre el vocabulario y la construcción, y ya no dudamos. Si Márquez Torres elogia a Cervantes es porque Cervantes escribe sencillamente. Con repeticiones, con descuidos, con negligencias, Cervantes va escribiendo su libro. Y ese libro, hoy que no podemos leer sin esfuerzo las novelas de Lope o los "Cigarrales" de Tirso -obras de dos grandes estilistas- es leído por nosotros con vivísimo gusto". Y a continuación esta evocación misteriosa y lírica: "En 1615, el día 27 de febrero, dos días después de la entrevista con los caballeros franceses, escribe Márquez Torres su aprobación. El tiempo ha ido pasando. Los años han ido deslizándose. Ya ha muerto Cervantes. Ya el mundo está lleno de ejemplares del "Quijote". Ya Márquez Torres no vive en Madrid. Ya todo queda entre la neblina de lo pretérito. Tenía Márquez Torres cuando escribió su soberbio fragmento cuarenta y un años. Ahora, en provincias, lejos de Madrid, en Guadix, vive tranquilamente. Cuenta ochenta años. Dentro de otros dos expirará. Si vuelve la vista atrás, ¿qué sensación experimentará Márquez Torres al pensar en la remota página que él escribiera en 1615? Algo debe de sentir, como lo que nosotros sentimos ahora al tener entre las manos "Realidad", de Galdós, o "Peñas arriba", de Pereda, o "La madre Naturaleza", de Emilia Pardo Bazán, o "Su único hijo", de Clarín. Un mundo de sensaciones y recuerdos van unidos a esos volúmenes. Esos volúmenes son para nosotros -como era a sus ochenta años el "Quijote" para Márquez Torres- nuestra juventud, que se ha desvanecido en la lejanía". Y el final de este texto: "Don Francisco Rodríguez Marín, en el tomo VII de su edición definitiva del "Quijote", nos da noticias de Márquez Torres. Otras muchas noticias guarda el maestro para escribir una biografía detenida del primer cervantista. El acto de comprar un ejemplar del "Quijote" no es indiferente. Mirad y remirad bien, cuando vayáis a comprar el libro de Cervantes, la edición que os ofrecen. Coged el segundo volumen y ved si tiene la aprobación de Márquez Torres. Si no la tiene -y no la tendrá- rechazad esa edición. La página de Márquez Torres figura -no es preciso decirlo- en la citada edición de don Francisco Rodríguez Marín. Por amor a Cervantes, por simpatía a Márquez Torres, no

deje nadie de adquirir esa edición. Está pulcra y limpiamente impresa. Discretas y pertinentes notas aclaran el texto. Y el último volumen, el VII, contiene curiosas noticias y nos da esa sucinta biografía de Márquez Torres". Leo, como he dicho, esta aprobación, y pienso en el acierto que tiene en su pensar Azorín. Él reproduce unas palabras de éstas, que son fundamentales, es verdad, y que se refieren al uso del lenguaje: "la lisura del lenguaje castellano, no adulterado con enfadosa y estudiada afectación, vicio con razón aborrecido de los hombres cuerdos". Quiero transcribir el final de este texto del primer cervantista, que lo hará comprender como insólito y extraordinario: "Bien diferente han sentido de los escritos de Miguel de Cervantes así nuestra nación como las estrañas, pues como a milagro desean ver el autor de libros que con general aplauso, así por su decoro y decencia como por la suavidad de sus discursos han recebido España, Francia, Italia, Alemania y Flandes. Certifico con verdad que en veinte y cinco de febrero deste año de seiscientos y quince, habiendo ido el ilustrísimo señor don Bernardo de Sandoval y Rojas, arzobispo de Toledo, mi señor, a pagar la visita que a Su Ilustrísima hizo el embajador de Francia, que vino a tratar cosas tocantes a los casamientos de sus príncipes y los de España, muchos caballeros franceses de los que vinieron acompañando al embajador, tan cortesés como entendidos y amigos de buenas letras, se llegaron a mí y a otros capellanes del cardenal mi señor, deseosos de saber qué libros de ingenio andaban más válidos, y tocando a caso en este que yo estaba censurando, apenas oyeron el nombre de Miguel de Cervantes, cuando se comenzaron a hacer lenguas, encareciendo la estimación que, así en Francia como en los reinos sus confinantes, se tenían sus obras: la *Galatea*, que algunos dellos tiene casi de memoria la primera parte desta, y las *Novelas*. Fueron tantos sus encarecimientos, que me ofrecía llevarles que vieses el autor dellas, que estimaron con mil demostraciones sus vivos deseos. Preguntáronme muy por menor su edad, su profesión, calidad y cantidad. Halléme obligado a decir que era viejo, soldado, hidalgo y pobre, a que uno respondió estas formales palabras: "Pues ¿a tal hombre no le tiene España muy rico y sustentado del erario público?" Acudió otro de aquellos caballeros con este pensamiento y muy grande agudeza, y dijo: "Si la necesidad le ha de obligar a escribir, plega a Dios que nunca tenga abundancia, para que con sus obras, siendo pobre, haga rico a todo el mundo". Bien creo que está, para censura, un poco larga: alguno dirá que toca los límites de lisonjero elogio; mas la verdad de lo que cortamente digo deshace en el crítico la sospecha y en mí el cuidado; además que el día de hoy no se lisonjea a quien no tiene con qué cebar el pico del adulador que, aunque afectuosa y falsamente dice de burlas, pretende ser remunerado de veras. En Madrid, a veinte y siete de febrero de mil y seiscientos quince".

Unas palabras que dirige a Pedro Salinas sobre su generación, la generación del 98: "la generación de 1898, querido Pedro Salinas, representa estrictamente, a mi entender esto: un ademán de rechazar y otro de adherir. Se rechaza lo oficial y lo social. Se rechaza la oratoria vanilocuente, las idas y venidas estériles de los políticos, la tramitación infecunda, las marañas parlamentarias, todo, en fin, lo que representa un Estado caduco. Y se aspira a la unión íntima, amorosa y profunda con una España eterna y espontánea. Surgen Toledo, las viejas ciudades castellanas, los pueblecitos ignorados. Se lee con delectación a los poetas primitivos: a Berceo, a Juan Ruiz, a Jorge Manrique. Y no hay que olvidar en este proceso un hecho esencial: la influencia extranjera. Desligados los hombres de 1898 de todo lo adherente y convencional, para entrar en comunicación con la realidad primaria. Nietzsche, Ibsen y Bakunin, entre los señeros, fueron el estimulante, más que de la inteligencia, de la sensibilidad. Cabría hablar de neorromanticismo. Un neorromanticismo inspirado en el infortunio de España tras los mares. Pero si los románticos españoles de 1835 representan la sensibilidad en vilo, los de 1898 la representan apoyada en la realidad. El hecho de

que se recogieran minuciosamente en cuadernitos de bolsillo los detalles de un paisaje o de una escena -como hacían Baroja y el autor de estas líneas- es harto significativo. No existe ahora esta práctica, pero se leen más libros. Las generaciones varían según predomine en ellas la información de la realidad o la información libresca. Podrá regatearse méritos o influencia a la generación de 1898. Se llegará tal vez a negarla. No importa. Goethe decía: "Ciertos jóvenes se imaginan que el día de su bautismo coincidió con el primero de la creación. Debieran pensar también en los regalos que nosotros les hemos hecho como padrinos"". También los libros de los poetas del 27, y en su primera aparición, o reciente ésta. Así nos hablará del Domenchina anterior a la guerra. Aquí de Guillén y su *Cántico* de 1936 publicado en Cruz y Raya, en el texto "Isla en el tiempo": "El celaje encantador del ensueño había por fuerza de cubrir la realidad. Nuestros movimientos eran también de ensueño. El libro pone en su portada: "Jorge Guillén. Cántico. Abajo: Cruz y Raya. Madrid, 1936". Con el libro en las manos vamos, con gesto lento, pasando las hojas. Toda la obra del poeta ha sido incorporada a esta nueva edición de su libro. Lo indefinido del ambiente se continúa en las páginas del volumen. Si nos hallamos fuera del tiempo -isla del tiempo- al hallarnos en esta estancia, nos encontramos fuera del tiempo también, en otra isla del tiempo, al empaparnos de esta poesía. En torno a la estancia se han detenido las cosas fugaces. Alrededor del libro de Jorge Guillén se extiende, sin penetrarlo, el mar de la época. El poeta se ha escapado de su época. Todo lo de su libro es inactual. Inactual es lo de esta sala donde lo leemos. En la poesía de Jorge Guillén se llega a una indeterminación prodigiosa. Las obras de arte son tanto más de arte cuando menos conceden al tiempo. ¡Y qué difícil es sustraerse a la época! ¡Y qué arduo es hurtarse al sentimiento! Sin embargo, es preciso luchar contra la época y contra el sentimiento. Maravillosa poesía será aquello -lo es la de Jorge Guillén- en que se llegue a esa inmaterialidad inefable de lo impreciso. Toda la realidad está aquí y no hay de la realidad sino su esencia. La esencia de la realidad puede ser lo mismo del siglo XV que del XX. Con ligeras variaciones filológicas, la poesía de Jorge Guillén podría estar situada en el siglo XV. No pertenece a ningún siglo. No acusa ningún espacio".

Leo este libro, que era, es de mi padre y él debió leer. Mi padre era un devoto lector de Marañón, y a su muerte publicó un artículo en *El Ciervo* que se consideró uno de los tres mejores artículos entre los muchísimos que en ese momento se habían publicado. Traigo en su memoria el final del texto "El siglo XVIII", que precede al de "El primer cervantista": "Desearíamos escribir un libro corto y claro. Estaría impreso en buen papel. Sus caracteres serían gruesos y limpios. Habríamos pensado mucho la materia de este volumen. Durante meses se habría operado en nosotros la eliminación indispensable al arte. La portada del libro ostentaría este título: "Marañón en el umbral". La semblanza de Gregorio Marañón la reduciríamos a este momento en que Marañón se encuentra en el umbral. En el fondo de la sala se ve una puerta. Se halla entornada. De pronto la puerta se abre del todo y aparece en el umbral una figura. El ambiente se ha transformado. Ha aparecido este hombre -Gregorio Marañón- y todo instantáneamente ha cambiado. Su faz es abierta y bondadosa. Parece esperar algo y traer algo. Espera nuestra cordialidad, en retorno de la suya, y nos trae el sosiego. Gregorio Marañón, alto, fuerte, airoso, nos mira sonriendo. No tenemos ya fuerzas para continuar en nuestras preocupaciones. Las abandonamos y nos entregamos de lleno y confiados a la cordialidad./ Gregorio Marañón, en la "Revista de Occidente" del pasado junio, ha publicado un ensayo magistral sobre nuestro siglo XVIII. Cada vez escribe Marañón con más fluidez y naturalidad. La fluidez es característica de su estilo. Con humano corazón lo toca todo y en todo pone una nota de claridad, de exactitud y de aticismo". Hice notar en la Maison de l'Europe de París que el número de la *Revista de Occidente* en que publiqué por primera vez

como poeta, en 1988, estaba dedicado y era en gran parte un homenaje a Marañón. Puede comprenderse qué reverberaciones esto en el adentro para mí tiene. Entre los últimos textos del libro se encuentra "En la biblioteca", en el que volvemos a encontrar a Marañón, en relación al Conde-duque de Olivares. Así empieza el texto: "No conocíamos al conde-duque de Olivares. El Olivares que conocíamos era un personaje convencional. Lo conocemos ahora. Y lo conocemos gracias a Gregorio Marañón. El arte de Marañón, sensitivo, erudito, evocador, pone ahora ante nuestra vista por primera vez a Olivares. La última parte del libro es una verdadera tragedia de Shakespeare. Jamás la Historia había dado en España tan profunda y palpitante sensación de vida. Olivares, dimitido ya, caído ya, continúa impávido en esos ocho días atareado en su despacho de primer ministro. El suelo se hunde y él prosigue con la sonrisa en los labios tratando a las gentes. Y luego, el destierro de Loeches. Y más tarde, el tétrico y definitivo alejamiento en Toro. Olivares era hombre fuerte. Robusto y pletórico, sus energías no se le agotaban. Sabía hablar y sabía escribir. Disponía de una copiosa y selecta biblioteca. Su palacio lo tenía en la calle de la Cruzada. La biblioteca estaba instalada en una ancha sala. Adjunto había un cuartito en que descansaban los libros un momento antes de ser colocados en los plúteos de la biblioteca. Se remendaban también allí los desperfectos de los libros y se perseguía a las devastadoras polillas". Hay esta mención a Marañón y el libro que sobre él escribe, del que siempre oí hablar a mi padre. El texto prosigue con una trama sobre el conde-duque y su bibliotecario. Pienso cuánto le debió gustar este texto a mi padre, y cómo debió sonreír en su desenlace. Como también me gusta a mí, y también en este desenlace sonrío.

La magia de Azorín está en lo más íntimo y lo más sencillo y cómo sabe revelárnoslo, dar a través de la transparencia de sus palabras otra luz a las cosas, llamar la atención de manera fina y justísima sobre lugares, autores y personajes, tierra, historia y letras. Así en la magia de su escritura. Como en el título de este libro. Dicho y hecho.

Barcelona, 31 de agosto de 2025